

pedición deliciosa, sin asomos de *panne*, sin que nada se haya roto, pinchado ni paralizado en el mecanismo para mí complicadísimo é incomprensible del artificio. (Porque es de saber que mi ineptitud para la mecánica pasa de los límites de la verosimilitud, y un amigo mío, fallecido ya por mal de la ciencia española, Laureano Calderón, sudó tinta al empeñarse en enterarme de cómo funcionaba un reloj de bolsillo.) Ello es que el viaje salió perfectamente, y admiramos, mis compañeros de expedición y yo, un sinnúmero de paisajes y monumentos encantadores. Nos detuvimos aquí y acullá, en fondas desconocidas, en parajes infrecuentados, hallando en todas partes gente amable y solícita que nos ofrecía cuanto necesitásemos, y comida abundante y excelente. De buen grado se quedaría uno, por una noche, en tal lugarejo, cerca de tal ó cual monasterio, castillo arruinado ó convento impregnado de romanticismo... «¡Ah, si no fuese la contingencia de las chinches!» repetíamos al desechar el proyecto, por unanimidad...

* *

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hace algún tiempo, creo que dos ó tres años, he sostenido aquí mismo la tesis de que uno de los mayores enemigos de España es la chinche; enemigo que nos ha hecho y nos hace poco menos daño que Napoleón y hasta que yanquis y filibusteros. Ello parece una paradoja gruesa; pero si se reflexiona, es una verdad sencilla. Diré en abreviatura lo que entonces explicaba quizás prolijamente.

Para un país como España, con grandes extensiones de despoblado y cuantiosísima riqueza artística y monumental, nada es tan útil, tan sano, como el movimiento y afluencia de viajeros, que despierta y estimula todas las energías civilizadoras, y además deja dinero en abundancia. Italia saca al año copioso rédito á su caudal de recuerdos y antigüedades históricas. En España, por la escasez de turistas, este capital está muerto.

Ahora bien; la escasez de turistas, en España, se debe no sólo al mal servicio y difíciles itinerarios de los trenes, sino también y muy en primer término, al terror de las vigiliadas amenizadas por las chinches y pasadas en un sofá á fin de evitar una cama impura.

Se va sin mucho recelo á hacer noche en las ciudades—y á veces también en ellas se encuentra la plaga;—pero se huye como de la peste de los pueblecitos, en los cuales se ocultan tesoros para la curiosidad y la afición artística de los viajeros. La sangre circula cuando más por las grandes arterias; en las venillas se estanca completamente. Nadie se atreve á detenerse en los lugares donde fluye el rico veneno de la tradición y de la íntima belleza española.

Oís decir unánimemente á los viajeros que no les importa comer cualquier guiso, beber el peor vino, sufrir cualquier privación, renunciar al confort más usual; pero que no se avendrían nunca á reposar en una cama visitada por el bichejo detestable y hediondo.

* *

La justicia manda que se confiese que hay casas y aun posadas de villorrio, donde un poco de aseo previene el peligro. Lo malo es que, como están infestadas otras muchas, se teme igualmente á todas. En la puerta, según ahora es frecuente colocar las placas dedicando la casa al Corazón de Jesús, debieran los limpios poner otra placa advirtiendo «Aquí no hay chinches: entra sin miedo, viandante.»

Lo triste de todo ello es que la chinche no es una fatalidad física: la chinche, como la mosca, desaparece cuando hay policía y se friegan bien las maderas y muebles. En las escuelas debiera enseñarse el modo de asear y los procedimientos insecticidas. Con esto y un medianisimo, un humilde *albergo* que se encontrase en cada rincón, España empezaría á ser visitada como merece. El lujo de los hoteles vendría después: insensiblemente sucedería aquí lo que en Suiza, donde todo se facilita al viajero, y donde en las más escarpadas montañas no falta cuanto puede desearse. Los buenos hoteles se forman al calor de los turistas, y para que acudan turistas y suelten dinero á cambio de servicios y satisfacciones, es necesario que desaparezca el terror á la chinche.

* *

La chinche modifica los itinerarios, obliga á pasar á escape por puntos que sería delicioso recorrer detenidamente, destruye el encanto y la impresión poética de los sitios donde la tradición ha grabado su huella misteriosa; he aquí por qué veo en la chinche á un cruel enemigo de la patria.

Acabo de viajar en automóvil ocho días. Una ex-

En Ribadavia—uno de los pueblos más bonitos pintorescos y monumentales de la provincia de Orense—pasamos una noche. La fonda está agasajada entre parras y álamos, como rodeada de la fresca y vivaz vegetación de un parque, y se asienta frente á la estación misma. Yo recordaba haber dormido allí otra vez, limpiamente. Y limpiamente volví á reposar, en cama pulcra, con sábanas de nieve y á la cabecera un San Antonio, que acentuaba la sensación monástica de celda alegre, flotante sobre un mar de follaje denso y frondoso de viña, que amaga invadir las ventanas, abiertas al calor de septiembre y á la regocijada luz del cielo riberano. ¡Oh, si en toda España se encontrasen de estos *albergos*, sencillos, pero libres de asquerosas plagas! Creo que no es mucho pedir; no exigimos el hotel fastuoso, con ínfulas de palacio, al estilo del que se alza al lado de la fuente mineral de Mondáriz ó al pie de los manantiales de la Toja. Bastan para empezar y tienen su grato perfume de manzanilla y violeta las fonditas como la de Ribadavia, sin pretensiones... y sin chinches.

* *

En ocho días, como iba diciendo, hemos recorrido tres provincias; la Coruña, Pontevedra, Orense. Hasta nos hemos internado un poco—¡tan poquillo!—en Portugal, visitando Valença do Minho... Poco, pero lo suficiente para comprobar esa curiosa diferencia que se nota entre naciones y pueblos, por la virtud de una frontera que los divide... Es la misma tierra; á las dos márgenes del Miño, el arbolado es idéntico, iguales los accidentes del terreno; y sin embargo, Valença lleva un sello tan característicamente portugués, que es inconfundible con una ciudad de allende. La fanfarronería de las ceñudas fortificaciones—ya inservibles—y de los cañones—anticuados, de veinte modas atrás—de los cuales hablan con énfasis respetuoso los pilluelos color de aceituna que se constituyen en cicerones nuestros, es ya cosa propiamente lusitana: Túy no conserva esa actitud de dogo amenazante; nosotros nos hemos dejado de *rodomontades espagnoles*. Pasamos por delante de la cárcel, á *cadea*, y una esportilla, colgada de un bramante, viene á caer nos delante de los ojos. Una presa nos pide así limosna. Entramos en una barbería; nos refrescamos y pulverizamos con agua de Colonia, y el *fidalgó* barbero se niega, haciendo reverencias, á cobrarnos nada. Las casas, de arquitectura pseudogótica, están revestidas de una azulejería bellísima, de relieve—el azulejo es una de las manifestaciones artísticas más genuinas de Portugal.—Vemos un paço, una casona enorme, con patio jardín, con escudos que la blasonan. «Es la casa del *senhor barão*,» exclaman, con inflexiones de veneración profunda, los golfillos que van siguiéndonos ó precediéndonos, sin agobiarnos, sin pedirnos (como nos pedirían si fuesen del otro lado del río) una *perriña*.

Entramos en el Casino—creo que se llama la *Assembleia*; es detalle que no recuerdo.—Con la corteza clásica en Portugal, nos enseñan unas salitas donde hay *recreios*, billar, mesas de juego, y por último, la biblioteca. Y aquí es preciso alabar, alabar sin reserva alguna. Acabo de visitar la biblioteca del Casino de Vigo, cuyos salones son espléndidos y están amueblados como el palacio de un potentado fastuoso; y en la biblioteca, asaz chica, sólo divisé colecciones encuadradas de la *Gaceta*. En el modesto Casino de Valença, en una sala bastante capaz, rodeada de estanterías, calculo que se alineaban unos cuatro mil volúmenes de obras antiguas y modernas, portuguesas, francesas, españolas, inglesas, escogidas con inteligencia y conocimiento de la verdadera mar-

cha de la literatura contemporánea. Los gran desecritores portugueses—Herculano, Fialho de Almeida, Eça de Queiroz, Castello Branco, Riveira Martin—allí están. Los títulos que leo me interesan; me pasaría de buena gana una tarde revolviendo libros en este Casino de poblacho, mejor surtido, en lo intelectual, que el de una población tan próspera, tan llena de tráfico y actividad como Vigo. En cambio—eso sí—la biblioteca vinosa y alcohólica del *bar* Bandeira, es completa y está bien ordenada.

* *

¿Será verdad que ciertos adelantos representan progresos? El *bar* Bandeira me obliga á formularme la pregunta á mí propia. Todas las tardes que hemos pasado unas horas en Vigo, visitábamos el *bar*. ¡No se imagine nadie que esto es un reclamo! Lo que consumimos en el *bar* queda pagado religiosamente, y hasta creo que por las setenas, doblado y zahumado, como dijera Cervantes. Pero el *bar* se presta á reflexiones, y he de hacerlas. El *bar* es la taberna de lujo. Quizás sólo en el lujo, y en el predominio del *cock-tail* sobre la caña de manzanilla, difiere de la freiduría malagueña, donde el pescado tira de la bebida, y la bebida llama por el pescado, las aceitunillas y las rajitas de salchichón. Hay un matiz muy marcado que distancia al *bar* del figón y lo eleva en la categoría de tales asilos báquico-gastronómicos. En el *bar* todo es extranjero, y muy elegante, aun cuando los mejillones en escabeche—una especialidad—hayan sido, naturalmente, captados en aguas españolas ó portuguesas—pues los hay á estilo de Aveiro.—Pirámides de latas de caviar comentan la frase que acabamos de oír de labios del dueño del establecimiento ultramoderno: «Cuando fondeó aquí la escuadra rusa, me dejó cuatro mil duros...»

* *

Los toneles que amueblan el *bar* están decorados con caricaturas de escritores, músicos, políticos... El tonel en que figuraba la mía ha sido adquirido hace poco, con otra media docena de toneles iconográficos, por un aficionado. «Allí los puede ver á senhora...» Vigo es muy cosmopolita; en el *bar* entra de pronto un hombre alto, rubio, silencioso, que bebe calladamente y se va como ha venido, es decir, más *full* de lo que ha venido, de seguro... Es un hijo de Albión. Portugueses atezados, flemáticos insulares, abundan en las calles de la ciudad, sembradas de sillares de cantería, de esa cantería admirablemente blanca y fina de la provincia de Pontevedra, que se parece al mármol griego. Todo el día se oye en Vigo el tintín de los picos; veis alzarse casas de una suntuosidad que sorprende, bordadas, afiligranadas, recargadas de adornos. ¿Producirá lo bastante la suntuosidad urbana en Vigo para compensar este derroche arquitectónico? ¿O es que la labor de la piedra, en otros países tan costosa, es en Vigo barata? No me han sabido esclarecer las dudas—en viaje se formulan mil interrogaciones que no hay tiempo de contestar satisfactoriamente.—Lo que sé es que no conozco casas más *repinichadas* que las nuevas de Vigo.

* *

Su puerto es una magia. Discutíamos—y tampoco dimos con la explicación—por qué una puesta de sol en la bahía de Vigo es más hermosa que otras puestas de sol en otros lugares y en otras riberas. Hay una majestad y una grandeza infinita en el espectáculo del ocaso sobre aquella bahía y aquella ría, envidia de las naciones.

Se pone el sol á lo lejos, en el magnífico horizonte, detrás del erizamiento de los mástiles, como desdénso del movimiento del puerto, como huyendo de la *Bolsa del pescado*, donde se subastan, y por cierto muy ingeniosamente y sin ruido ni posibilidad de engaño ó disputa, las *pescadas* ó merluzas plateadas y tersas que se reparten después por toda la provincia y el reino todo... Dondequiera que vayamos, la merluza nos perseguirá. La encontraremos en Ribadavia, en la Guardia, en Santiago, en las estaciones del camino, ya bañada en la cursi salsa mayonesa, ya cocida y salpicada de perejil, ya frita, bajo su túnica de huevo... En Vigo, en la Bolsa, la hallamos apilada por centenares, y su olor fuerte y bravo nos sigue, nos satura la nariz, nos hace apretar el paso y buscar, en lo alto del pueblo, calles libres de ese tufo ingrato. No sé por qué, oliendo tan deleitosamente el mar y las algas, ha de apestar el pescado reunido...

El sol dijérase que también se aleja, hundiéndose en el agua toda ruborizada de recibirle... Es una puesta de sol nupcial y regia.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.